

LA CÁMARA ALTA (JUEVES SANTO)



El jueves santo nos introduce en el misterio pascual¹. Conmemora y nos pone en presencia de la primera parte de este misterio, la que se desarrolla en la cámara alta.

Los maitines del jueves santo se cantan el miércoles por la tarde. No hay “oficio del Novio”. Después de los salmos de maitines y un tropario, se lee en el evangelio según San Lucas (22, 1–39) el relato de los sucesos que ocurrieron después del conciliábulo entre Judas y los sacerdotes hasta el momento en que Jesús abandona la cámara alta para acudir al Monte de los Olivos. Sigue el canto de un canon. En el oficio de prima, se retoma el libro de Jeremías; se lee un pasaje (11, 18 – 12, 15), del que señalaremos los versículos siguientes: “Yo que estaba como cordero manso llevado al matadero... Entregué el cariño de mi alma en manos de sus enemigos... Entre muchos pastores destruyeron mi viña... Pero luego de haberlos arrancado, me volveré y les tendré lástima, y les haré retornar, cada cual a su heredad y a su tierra...”.

Las vísperas se cantan antes de la liturgia. Se continúa con la lectura del Éxodo (10, 10-19): Dios descende sobre el Sinaí en el fuego y el humo, pero no promulga aún los mandamientos. Moisés había prevenido al pueblo: “Estad preparados para el tercer día”. El pueblo había lavado sus vestidos y se había purificado. Son estas figuras de la resurrección de Cristo al tercer día, de su manifestación a los hombres después de Pascua y de la pureza con que debemos acercarnos al misterio pascual. Se continúa también la lectura del libro de Job (38, 1-23, 42, 1-5). Dios habla a

¹ El jueves santo, el viernes santo y el sábado santo forman lo que la antigua liturgia latina llamaba **triduum sacrum**, “los tres días sagrados”. En el siglo IV, en Jerusalén, la liturgia era celebrada hacia el final de la tarde del jueves santo. Todos los fieles comulgaban. Después se dirigían al monte de los Olivos donde un oficio especial, compuesto de himnos y lecturas, conmemoraba la agonía de Jesús en el huerto y su arresto. La procesión volvía a la ciudad al alba del viernes. En Roma, por el contrario, todos los oficios del jueves santo se celebraban durante el día. En las Iglesias de África, la Eucaristía era celebrada el jueves santo después de la cena de la noche; por ello el Concilio de Cartago dispensa, este día, del ayuno eucarístico. El pensamiento litúrgico central de la jornada era la institución de la Eucaristía. Sin embargo, otros ritos especiales se convirtieron también en característicos del jueves santo. Primero el lavado de pies. Después, al menos en Roma, la “rendición del símbolo”, es decir el recitado del símbolo de la fe por los catecúmenos, y el bautismo de los neófitos (aunque fuera más bien el sábado santo el día del bautismo). Después, también en Roma, la “exomologesis” o reconciliación de los penitentes. Finalmente, la consagración del crisma. Este último rito continúa realizándose el jueves santo tanto en las Iglesias bizantinas como en la Iglesia latina; pero, mientras que cada obispo latino consagra el crisma para su diócesis, esta consagración, en las Iglesias bizantinas, sólo es realizada por los patriarcas o por el primer jerarca de una Iglesia nacional.

Job, haciéndole preguntas; le dice: “Voy a interrogarte, y tú me instruirás”. Después Job toma a su vez la palabra y le dice a Dios la misma frase: “Escucha, deja que yo hable: voy a interrogarte y tú me instruirás”. Es el modelo del maravilloso intercambio, de la entrevista íntima que podría, que debería tener lugar entre Dios y el hombre. Por otra parte, Job ha llegado al final de sus pruebas. Ha permanecido fiel; y dice al Señor lo que toda alma aspira decir un día (y lo que muchas almas amantes y orantes pueden decir ya): “Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos”. Finalmente leemos algunos versículos del inicio del libro del profeta Isaías (1, 4-11). Dios hace reproches a Israel, “gente pecadora, pueblo tarado de culpa”, y se declara hastiado de los sacrificios que se le ofrece: “Harto estoy de holocaustos de carneros y de sebo de cebones; y sangre de novillos y machos cabríos no me agrada”. Un sacrificio mejor le será ofrecido.

En la liturgia leemos el pasaje de la primera epístola a los corintios (11, 23-32) en la que San Pablo expone la institución de la Eucaristía: “El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan...”. El evangelio de la liturgia es una larga yuxtaposición de textos (Mateo 26, 2-20; Juan 13, 3-17; Mateo 26, 21-39; Lucas 22, 43-44; Mateo 26, 40 – 27, 2). Cuenta el consejo que mantuvieron los sacerdotes, la unción de Betania, la preparación de la pascua, el lavatorio de pies, la institución de la Eucaristía, la agonía en Getsemaní, el beso de Judas, el arresto de Jesús, el interrogatorio en la casa del sumo sacerdote, la negación de Pedro y finalmente la entrega de Jesús al procurador romano. La bendición final comienza así: “Oh Tú, que por tu infinita bondad, nos has revelado la humildad como el camino por excelencia cuando lavaste los pies a tus discípulos...”. Y, en las iglesias catedrales, el obispo procede, después de la liturgia, a la ceremonia del lavatorio de pies, los doce apóstoles están representados por doce sacerdotes.

El servicio de los doce evangelios, que se habitúa considerarlo como una característica del jueves santo, pertenece en realidad a los oficios del viernes santo. Así pues, hablaremos de ello en ocasión de los ritos de mañana.

El sentido de los ritos del jueves santo se resume con exactitud en uno de los cantos de maitines llamados **oikos**: “Acerquémonos con temor al misterio de la mesa y, con las almas purificadas, recibamos el pan. Quedémonos con el Maestro y observemos cómo ha lavado los pies a sus discípulos y los ha secado con una toalla. Aprendamos a imitar lo que contemplamos y démonos los unos a los otros, lavándonos respectivamente los pies, pues Cristo pide a sus discípulos hacer lo mismo. Pero Judas, el siervo infiel no escuchó y permaneció en su maldad”. Se subrayan aquí tres aspectos del jueves santo: el lavatorio de pies, la cena del Señor, la traición de Judas. Fijemos nuestra atención en estos tres aspectos durante unos instantes.

Pero, antes de considerar lo que ocurre en la cámara alta, pensemos en esta cámara en sí. Jesús envía a decir al dueño de la casa: “En tu casa voy a celebrar la Pascua con mis discípulos...² ¿Dónde está la sala donde pueda comer la Pascua con mis discípulos?”³. Esta frase se dirige a cada uno de nosotros. En cada fiesta de Pascua, Jesús desea especialmente venir a nosotros y celebrar espiritualmente la pascua en nuestra alma. Fuera incluso del tiempo pascual, cada vez que el Señor Jesús nos distribuye, en su propia mesa, el pan que es la comunión a su cuerpo y el vino que es la comunión a su sangre, celebra la cena en nuestra cámara alta interior, al mismo tiempo que el sacramento exterior se realiza. Hay más. Aparte de la fiesta de Pascua, aparte de la Eucaristía visible, tenemos cada día, en cada momento, la posibilidad de celebrar en la cámara

² Mateos 26, 18.

³ Marcos 14, 14.

alta de nuestra alma una pascua invisible y silenciosa. Tenemos la posibilidad, cada vez que lo deseamos, de recibir en nosotros, por la fe y la caridad, al Señor Jesús y de hacer de Él, en espíritu, nuestro alimento. Y también, de esta cena puramente interior, Jesús nos dice: “He deseado comer esta Pascua con vosotros⁴...”. Pero, ¿dónde está la habitación en la que lo recibiremos? ¿Está todo preparado? Ninguna habitación de mi alma está realmente purificada y adornada para una tal visita. Por otra parte, no sería suficiente preparar un rincón de mi alma, disimulando el desorden que subsiste en las demás partes de mí⁵. Tengo que lavar, limpiar mi alma entera. No tengo las fuerzas. Y bien, Señor, ven Tú mismo a preparar en mí una cámara alta. Permanece en mí más allá de una visita pasajera. Conviértete en el huésped constante de mi alma, sé el maestro, aquí están las llaves que abren todas las puertas; soy yo quien está ahora en tu casa.

Y si quieres venir a mí, Señor, con tus discípulos, esto significa que debo recibirte en mí “católicamente”. No puedo pretender separarte de los miembros de tu cuerpo místico. Al recibirte, recibo espiritualmente a toda la comunidad de tus discípulos, a toda la Iglesia. Mi alma se tiene que abrir afectuosamente y unirse, en una misma oración, a todos los que creen en ti, a todos los que te aman, a todos los que te invocan. Sea pues, uno con todos ellos, con los que viven en Ti y los que han muerto en Ti, con tu Madre bienaventurada, tus apóstoles, tus mártires, tus santos de ayer, de hoy y de mañana. Entra en mí, Señor, con tus discípulos.

Te acercas a mí para lavar mis pies, Señor. No permites que proteste contra el exceso de humildad que hace que te arrodilles ante mí y me laves. Me dices: “Si no te lavo, no tienes parte conmigo”⁶. Jesús, por esta palabra, indica dos cosas. Primero, que nos debemos dejar purificar por Él de nuestros pecados, tanto del polvo del camino como de nuestros grandes pecados: “Señor, no sólo los pies, sino hasta las manos y la cabeza”, como decía Pedro⁷. Y después, que participar verdaderamente con el Señor, es participar a su humildad y a su humillación. Participar en Cristo, es participar al Dios-Hombre que lava los pecados del mundo. Participaré al Cristo del lavatorio de pies si me dejo lavar los pies por Él y si yo mismo lavo los pies de los demás, a ejemplo suyo: “Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros⁸”. ¿Qué es lavar los pies de los demás hombres? Antes de derramar agua en sus pies, nos tenemos que poner primero en la única posición que nos lo permite: nos tenemos que poner a su nivel y arrodillarnos ante ellos. En resumen, hay que humillarse. Hay aquí una indicación de gran valor para toda nuestra vida espiritual. Podemos ir hacia Dios, ya sea elevándonos, o humillándonos; subiendo o bajando. En ciertos momentos, no tenemos alas en cierto modo, la sequedad nos invade; nos es imposible elevarnos hacia Dios. En estos momentos en los que no podemos encontrar a Dios más alto que nosotros, o puede que no lo encontremos ya en nosotros, podemos encontrarlo más bajo que nosotros. Podemos inclinarnos sobre una miseria moral o un pecado, no decimos “peor” que los nuestros (pues, si vemos claramente, sabemos que nuestros propios pecados han tocado también el fondo del

⁴ Lucas 22, 15.

⁵ Cada alma tiene, de alguna manera, sus habitaciones secretas en las que se acumulan el polvo y la basura y que preferimos no abrir a nadie. Existe el peligro de considerar nuestras comuniones como “visitas de ceremonia” en el que tenemos cuidado en recibir a Cristo en “el salón” de las habitaciones de la fachada. Pero es, por el contrario, en los bajos fondos de nuestra alma, en nuestras “cámaras de los horrores” donde que hay que introducir a Jesús.

⁶ Juan 13, 8.

⁷ Juan 13, 9.

⁸ Juan 13, 14.

abismo), pero en apariencia más “llamativos”, más ostensibles, o sobre una miseria física que nos ha sido ahorrada; socorriéndola, encontraremos a Dios en este movimiento de descenso. Lavar los pies de los hombres, es aportar una reanimación, un alivio a alguien que sufre. Pero es también intentar liberar al pecador de su pecado. El método del “lavatorio de pies” aplicado al pecador es muy especial y muy delicado. No se trata de hacerle reproches o formularle preceptos. El tono de superioridad (legítimo en ciertos casos) no tiene ningún lugar aquí. Hay que ponerse, con respecto al pecador, en una actitud de servicio y de humildad. Es necesario que esta humildad y esta caridad hagan sobre el pecador tal presión que le empujen, sin ningún tipo de controversia, fuera de su pecado. Tales son las perspectivas profundas y difíciles que nos abre el episodio evangélico del lavatorio de pies⁹.

El misterio central de la cámara alta reside en la Cena. El Señor Jesús se da a nosotros en la Eucaristía, realmente presente a la vez como el que distribuye y el que es distribuido¹⁰. Todos los fieles ortodoxos que se acercan al altar creen que recibimos en el sacramento el pan de vida, el cuerpo y la sangre del Salvador: este punto no tiene necesidad de ser desarrollado aquí. Pero algunos otros aspectos de la Eucaristía son menos familiares a su pensamiento y los indicaremos brevemente. La Eucaristía, antes de ser presencia de Cristo en nosotros, es el sacrificio de Cristo por nosotros. En esta fiesta del jueves santo, es importante recordar el vínculo que Nuestro

⁹ La Iglesia ha atribuido una gran importancia al rito del lavatorio de pies, que continúa celebrándose en las iglesias catedrales ortodoxas y romanas de Oriente y Occidente. Desde el 694, el concilio 17º de Toledo lo hacía obligatorio, el jueves santo, para todas las iglesias de España y de la Galia. El nombre inglés **Maundy Thursday** proviene de la palabra latina **Mandatum**, que designa al oficio del lavamiento de pies (oficio cuyo texto comienza por esta palabra). El relato del lavatorio de los pies en el cuarto evangelio suscita dos cuestiones que quisiéramos tratar brevemente. Juan es el único de los cuatro evangelistas que describe el lavatorio de pies; es también el único de los cuatro evangelistas que no dice nada de la institución de la Eucaristía. ¿Cómo interpretar esta particularidad? Juan no desconocía la fracción del pan, de la misma manera que los otros evangelistas no desconocían el lavatorio de pies. Pero Juan (que por otra parte anunciaba la Eucaristía en el capítulo 6 de evangelio) parece haber substituido, conscientemente, sistemáticamente, la fracción del pan por el lavatorio de pies, para demostrar que, finalmente, las dos acciones expresaban, aunque de una manera y en grados diferentes, una única y misma cosa: el humilde amor sacrificial de Cristo (“habiendo amado a los suyos... los amó hasta el extremo). Y la segunda cuestión. Dice Jesús a Pedro: “El que se ha bañado, no necesita lavarse; está del todo limpio. Y vosotros estáis limpios...”. Parece que aquí, la palabra **baño** prefigura el bautismo cristiano, mientras que la palabra **lavar** significa más bien una limpieza parcial o limitada, la eliminación de un poco de polvo que se ha acumulado en el curso de la vida. Pero, ¿en qué sentido los apóstoles, que no habían recibido el bautismo cristiano –que, por otra parte no podía existir antes de la muerte redentora de Cristo– se habían **bañado**? Se podría suponer que habían recibido el bautismo de Juan con unas disposiciones interiores que les habrían valido la gracia santificante. Pero se puede admitir también que, en su caso, el contacto cotidiano y la unión íntima con Jesús había constituido ese baño total que purifica del pecado. El lavatorio de pies era un acto accesorio y especial por el que Jesús les lavaba de ciertas manchas de menor importancia que no afectaban al carácter general. Este tipo de lavatorio no constituía un cambio esencial pero debía perfeccionar el cambio total ya adquirido. La misma distinción se aplica, en cierta manera, a la vida espiritual del cristiano bautizado. En tanto que bautizados o penitentes perdonados, estamos en estado de gracia, y nuestro amor permanente a Cristo, nuestra adhesión y nuestra intimidad con Él nos mantienen limpios; pero es posible que un suplemento de lavado sea útil, para eliminar, día tras día, el polvo de nuestros pies.

¹⁰ La Iglesia ortodoxa cree que en la Eucaristía hay una presencia real (es decir, no simbólica ni dinámica) de Nuestro Señor, y que esta presencia está condicionada por un cierto cambio que el Espíritu Santo opera en los elementos eucarísticos. Pero la Iglesia ortodoxa no se ha vinculado nunca a ninguna teoría teológica más precisa sobre esta presencia y este cambio. No va más lejos que lo que expresa en las palabras de la epiclesis: “Y haz de este Pan, Cuerpo precioso de tu Cristo. Amén. Y lo que está en este cáliz, Sangre preciosa de tu Cristo. Amén. Cambiándolos por tu Espíritu Santo. Amén, amén, amén”.

Señor ha querido establecer entre la comida en la cámara alta y la Pascua judía y entre esta misma comida y la Pasión. Toda eucaristía es una comida sacrificial. Cada vez que comulgamos al cuerpo inmolado de Cristo y a su sangre derramada, comulgamos a su Pasión, tomamos parte en su sacrificio; deberíamos inmolar y ofrecer nuestra propia persona, nuestros deseos egoístas, nuestra voluntad; deberíamos hundir en nuestro propio corazón el cuchillo del sacrificador. Una comunión es una inmolación espiritual. Pero no olvidemos que la inmolación no agota la noción del sacrificio; la aceptación de la víctima por Dios es una parte integral; la cena en la cámara alta y nuestras liturgias eucarísticas son el sacramento, no sólo del sufrimiento del Señor, sino también de su glorificación y de la respuesta del Padre manifestada por la Resurrección y la Ascensión¹¹. Hay una eucaristía eterna y celeste con la que nuestras eucaristías terrestres nos ponen en relación. Otro aspecto de la Cena de la que los cristianos puede que no sean suficiente conscientes es la comunión al Cristo total, es decir no sólo a la Cabeza, sino a todos los miembros del Cuerpo místico: comulgando a Jesucristo, comulgamos a todos los hombres, en tanto que participan, por naturaleza y por gracia, al Dios hecho hombre¹². La Eucaristía, puesto que es una incorporación a la persona de Jesús, es una incorporación a la Iglesia, a todos nuestros hermanos y hermanas. Finalmente, hay que recordar lo que decíamos ya a propósito de la cámara alta de nuestra alma. Aparte de la Pascua visible, aparte del sacrificio y de la comunión sacramentales, hay una Pascua invisible, un sacrificio y una comunión puramente espirituales que podemos ofrecer siempre y recibir en el secreto de nuestra alma, y esta eucaristía interior, de la que somos los ministros y los beneficiarios, nos puede procurar grandes frutos. Podemos, en espíritu, alimentarnos del pan vivo descendido del cielo, comer el cuerpo y la sangre del Señor. En todo momento, Jesucristo, nuestro Sacerdote eterno, nos dice –como el sacerdote en nuestras liturgias terrestres: “Acercaos con temor de Dios, fe y amor¹³”.

El jueves santo nos hace contemplar también la traición de Judas. Esta ya se había realizado cuando Judas acordó con los sacerdotes judíos entregar a su Maestro. Pero esta traición se tenía que manifestar en una forma particularmente penosa en la cámara alta, durante la última comida. “El que come mi pan ha alzado contra mí su talón... En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará... Es aquel a quien dé el bocado que voy a mojar... Y, mojando el bocado, le toma y se lo da a Judas, hijo de Simón Iscariote... Y entonces, tras el bocado, entró en él Satanás...”¹⁴. Judas, llevando la traición en su corazón acepta el trozo que le ofrece Jesús y encontramos odioso su gesto. Ha profanado la mesa del Señor. Pero, nosotros mismos, ¿cuántas

¹¹ La "anáfora" bizantina y el canon de la misa romana expresan, los dos, este recuerdo, **anamnesis**, de la victoria y de la glorificación del Salvador. La liturgia de San Juan Crisóstomo dice: "Conmemorando pues este mandamiento saludable y todo lo que ha sido hecho por nosotros: la Cruz, la Tumba, la Resurrección al tercer día, la Ascensión al cielo, su trono a la derecha del Padre, el segundo y glorioso Advenimiento...". La liturgia eucarística es pues una síntesis de la obra de Cristo.

¹² A San Agustín, en sus sermones al pueblo, le gustaba insistir sobre este aspecto de la Eucaristía: "Es vuestro propio misterio el que es puesto sobre el altar".

¹³ No queremos en absoluto disminuir el valor del sacramento, del misterio objetivo celebrado por la Iglesia. Pero no es subestimar este el recordar que la gracia eucarística -es decir, la unión con Nuestro Señor Jesucristo en tanto que víctima sacrificial convertida para nosotros en alimento y bebida- no está indispensablemente unida a un acto exterior y a elementos visibles. Un "sacramentalista" tan firme como Santo Tomás de Aquino admite la realidad y la eficacia de la "comunión espiritual" en el orden de la gracia. Uno de los primeros miembros franceses de la Sociedad Religiosa de los Amigos, Etienne de Grellet, decía que nunca se sentaba a la mesa para comer sin acordarse interiormente de la Cena del Señor. Es imposible no ver en ello, a falta del rito sacramental de la Iglesia, un estado de alma al que se le puede llamar "eucarístico".

¹⁴ Juan 13, 18, 21, 26, 27

veces hemos tomado parte en esta mesa sin haber purificado nuestro corazón como hacía falta? ¿Cuántas veces, después de haber participado en la mesa del Señor, hemos caído en el pecado en materia grave, y voluntariamente? Judas ha traicionado a su Maestro una vez y, se puede decir que “en bloque”. Nosotros traicionamos constantemente a Jesús en detalle. Pero no es menos una traición. Jesús le dice a Judas: “Lo que vas a hacer, hazlo pronto¹⁵”. Judas sale, para consumar¹⁶ su obra de muerte: “Era de noche”, -era la hora de las tinieblas fuera de la cámara alta y en el corazón del traidor. Esta palabra de Jesús, enviando a Judas a consumar su crimen, es más profunda y más misericordiosa de lo que parece. Los discípulos, nos dice el cuarto evangelio, creyeron que Jesús había encargado a Judas comprar ciertas cosas o dar dinero a los pobres por la fiesta. Y era verdad pero en un sentido que los discípulos no suponían. Jesús envía a Judas a comprar por treinta denarios el verdadero Cordero pascual, pues Judas, entregando a su Maestro, ha procurado al mundo la víctima de Pascua que iba a expiar todo el pecado. La generosidad manifestada por Jesús en la Redención domina el horror de todas las traiciones.

Resumamos en una oración el sentido de esta jornada del jueves santo. Esta oración será el tropario que se canta en la liturgia de este día con una solemnidad particular y que se recita cada vez que comulga un fiel: "Acéptame hoy a tu Cena mística, Hijo de Dios; no revelaré el Misterio a tus enemigos, no te daré el beso de Judas, sino como el ladrón, te confieso: acuérdate de mí, Señor, cuando vendrás en tu Reino".



GÓLGOTA (VIERNES SANTO)

El jueves santo, hemos seguido a Jesús en la cámara alta. Hoy, viernes santo¹⁷, le seguiremos hasta el Gólgota. Le seguiremos, no como Pedro, que "le iba siguiendo de lejos... para ver el final"¹⁸, sino a la manera de su madre, de Juan, y de las santas mujeres, que no lo

abandonaron.

¹⁵ Juan 13, 27.

¹⁶ Con respecto a los treinta denarios, ver la lectura del profeta Zacarías en Prima, el viernes santo y la nota que le dedicamos.

¹⁷ Antes del siglo IV, encontramos en San Ireneo de Lyon y en Tertuliano, la palabra "Pasch" empleada para designar el viernes santo. Más tarde se distinguirá entre la "Pasch de la cruz" o pasaje de la muerte, celebrada el viernes santo, y la "Pasch de la resurrección" o pasaje a la vida, celebrada el domingo siguiente. En el siglo IV, en Jerusalén, la celebración del viernes santo constaba de tres servicios distintos. El viernes por la mañana, se veneraba las reliquias de la cruz. A las tres de la tarde, se conmemoraba la Pasión y la muerte del Señor; los sollozos y las lamentaciones de los fieles acompañaban esta conmemoración. Por la tarde se celebraba una vigilia. En nuestra época, los cristianos de rito bizantino que ayunan estrictamente se abstienen de cualquier alimento, el viernes santo, hasta media tarde.

¹⁸ Mateo 26, 58.

La jornada litúrgica del viernes santo comienza el jueves por la tarde con el oficio de los "doce evangelios". Este oficio constituye los maitines del viernes santo. Después de los salmos de maitines, se lee una yuxtaposición de textos evangélicos divididos en doce partes¹⁹ de tal manera que constituye un relato de la Pasión que no omite casi ningún detalle. Este relato se inicia con el discurso de Jesús después de la Cena y por la oración sacerdotal.²⁰ Continúa con el arresto de Jesús en el Huerto de los Olivos -cosa bastante extraña, se omite la agonía de Jesús en el huerto,- después por el proceso judío y el proceso romano de Jesús (pero la comparecencia ante Herodes no se menciona), la flagelación, la coronación de espinas, el transporte de la cruz, la crucifixión, la muerte y finalmente la sepultura del Señor. Después de cada evangelio, se responde: "Gloria a tu longanimidad, Señor", y se cantan diversas odas y antifonas. Uno de los más bellos fragmentos es la quinceava antifona, que se canta entre el quinto y el sexto evangelio y que comienza así: "Hoy pende de la cruz el que ha suspendido la tierra sobre las aguas; está ceñido con una corona de espinas el Rey de los ángeles; está revestido con una púrpura de burlas Aquel que reviste el cielo de nubes...". Durante este canto, se coloca solemnemente una cruz en medio de la iglesia; el pueblo viene a adorarla y a besarla²¹. Después de la lectura de los doce evangelios, el oficio se acaba con una letanía y una bendición que comienza por estas palabras: "Que Aquel que ha sufrido los escupitajos, los golpes, la cruz y la muerte para la salvación del mundo, Cristo nuestro verdadero Dios..."

Las horas canónicas del viernes santo recuerdan por su estructura las de Navidad y Epifanía. Cada una comprende tres (en tercia, dos) salmos, una lectura del Antiguo Testamento, una epístola y un evangelio. En Prima, uno de los salmos es el salmo 21 (en versiones inglesas el 22) del que Jesús recita el primer versículo en la cruz²². La lectura del profeta Zacarías (11, 10-13) hace alusión a las treinta piezas de plata tiradas, como las de Judas, en el santuario. La epístola de Pablo a los Gálatas (6, 14-18) ha sido escogida por su primer versículo: "En cuanto a mí ¡Dios me libre gloriarme si nos es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo!". El evangelio según San Mateo (27, 1-56)

¹⁹ Estas doce lecturas están dispuestas como sigue: (1) Juan 13, 31 a 18,1; (2) Juan 18, 01-28; (3) Mateo 26, 57-75; (4) Juan 18, 28 a 19, 16 ; (5) Mateo 27, 03 -32; (6) Marcos 15, 16-32 ; (7) Mateo 27, 33 -54; (8) Lucas 23, 32-49; (9) Juan 9, 19, 25-37 ; (10) Marcos 15, 43-47; (11) Juan 19, 38-42; (12) Mateo 27, 62-66.

²⁰ La "oración sacerdotal" (capítulo 17 de Juan) podría ser llamada, mejor aún que el "Padre Nuestro", la "**Oración del Señor**". Pues en el "Padre Nuestro..." Jesús habla en nombre de los hombres, mientras que en Juan 17 habla en nombre propio, personal. La oración después de la Cena sin embargo, ofrece a nuestras propias oraciones un modelo y un marco. Se observará el orden de los pensamientos que se han desarrollado y la proporción que se ha guardado en su desarrollo. Jesús comienza por implorar la manifestación de la gloria del Padre; después reza por sus discípulos; finalmente reza por el "mundo". Así debería ser la jerarquía de las peticiones que dirigimos a Dios.

²¹ Este rito es de origen sirio. No consta en los antiguos rituales de la Iglesia bizantina y no se introdujo en Constantinopla hasta el siglo XIX.

²² El hecho de que Jesús, moribundo, haya citado el inicio del salmo -"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"- no implica de ninguna manera que se haya dejado caer en un sentimiento de abandono y de desesperanza. EL salmo se aplica de una manera sorprendente a los sufrimientos del Crucificado. "Como el agua me derramo, todos mis huesos se dislocan, mi corazón se vuelve como cera... una banda de malvados me acorrala como para prender mis manos y mis pies". Pero acaba con palabras de confianza y de acción de gracias: "¡Anunciaré tu nombre... Porque no ha despreciado ni ha desdeñado la miseria del mísero; no le ocultó su rostro... De ti viene mi alabanza...". Jesús tenía en su espíritu la totalidad del salmo.

recuerda la Pasión desde el proceso ante Pilatos hasta el temblor de tierra que sigue a la muerte de Jesús; el episodio de los remordimientos de Judas y de la compra del campo del Alfarero, el "campo de sangre", relaciona este evangelio con la profecía leída anteriormente. En Tercia, la lectura de la profecía de Isaías (50, 4-11) evoca la Pasión, sobre todo en el versículo siguiente: "Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salivazos. Pues que el Señor habría de ayudarme para que no fuese insultado, por eso puse mi cara como el pedernal...". La epístola de Pablo a los Romanos (5, 6-10) nos habla de la Redención: "Cristo murió por los impíos... cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo". El evangelio (Marcos 15, 16-41) va desde la corona de espinas hasta la muerte de Jesús y la conversión del centurión. En Sexta, leemos la célebre profecía de Isaías (52, 13 - 54,1) a la que se ha llamado "el quinto evangelio" y que describe la parte del "Servidor sufriente": "...Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias... Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba!... Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas... y con sus cardenales hemos sido curados... Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca... Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos y las culpas de ellos él soportará". La epístola (Hebreos, 2, 11-18) ha sido leída en Nona, la vigilia de Navidad; es leída de nuevo hoy por los dos últimos versículos que hablan de Jesús, que "tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo. Pues, habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados". El evangelio (Lucas 23, 32-49) va de la crucifixión a la muerte de Jesús. En Nona, el primer salmo (68, en las versiones españolas 69) se inicia con estas palabras que convienen a la Pasión: "¡Sálvame, oh Dios, porque las aguas me llegan hasta el cuello!" En la lectura del profeta Jeremías (11, 18-12,5, 9-10, 14-15), el segundo versículo tiene una importancia central: "Y yo que estaba como cordero manso llevado al matadero..." La epístola a los Hebreos (10, 19-31) nos exhorta a tener "plena seguridad para entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús, por este camino nuevo y vivo, inaugurado por Él para nosotros, a través del velo, es decir, de su propia carne... El evangelio (Juan 19, 23-37) va desde la partición de los vestidos de Jesús hasta que un soldado atraviesa su costado.

El viernes santo es el único día del año en el que no se celebra ninguna liturgia eucarística.

Las vísperas del sábado santo se celebran en la tarde del viernes. Se les llama también "oficio de la sepultura". Después de los salmos vesperales y varios cantos, se leen tres fragmentos del Antiguo Testamento. Primero un fragmento del Éxodo (33, 11-23); Dios dice a Moisés: "al pasar mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado". La Iglesia aplica estas palabras a la sepultura de Cristo. La lectura del libro de Job se acaba hoy: oímos el relato de la prosperidad final de Job y de su muerte, y se anuncia su resurrección: "Resucitará con los que Nuestro Señor resucitará". Recordemos que las aflicciones de Job y su consolación subsiguiente prefiguran las de Cristo. Se lee finalmente esta "Pasión según Isaías" que hemos leído ya por la mañana en Sexta. Después del Antiguo Testamento, oímos una parte de la primera epístola de San Pablo a los Corintios (1,18 - 2,2): "predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles... no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado". Sigue un evangelio que es, de nuevo, un mosaico de textos. Va desde la entrega de Jesús a Pilatos hasta su sepultura. Acabadas estas lecturas, se lleva a cabo el rito de "la sepultura". Una procesión recorre la iglesia. Se transporta el **epitafion**, que es una tela rectangular en la que se ha pintado o impreso la efigie de Cristo muerto, hasta

la "tumba" preparada en medio de la iglesia y adornada con flores. Se deposita el **epitafion** en la tumba. Se deposita sobre el **epitafion** el libro de los evangelios. Los fieles se aproximan y lo besan. El coro canta. Después del cántico de Simeón, "ahora puedes dejar a tu siervo irse en paz", el oficio se acaba con troparios: "El noble José desciende de la Cruz tu Cuerpo inmaculado, lo envuelve con una mortaja blanca con perfumes... y lo deposita en un sepulcro nuevo".

El rito de la sepultura pertenece ya al sábado santo, pues en uno de los cantos, se dice: "Has preparado este Sábado para tu gloria". Pero las vísperas que lo preceden se relacionan claramente con la Pasión y con el viernes santo, puesto que se canta: "En este día, el Señor de la creación está ante Pilatos y el creador del universo es entregado para ser crucificado". Este oficio del viernes santo por la tarde marca una transición entre el viernes y el sábado. Se acaba aproximadamente a la hora en que el cuerpo de Jesús fue descendido de la cruz y enterrado.

Después de esto largos y ricos oficios de la Iglesia, es útil recogerlos individualmente, silenciosamente, al pie de la cruz e intentar extraer el sentido general del viernes santo. Ciertamente, cada episodio de la Pasión nos ofrece la materia de reflexiones muy fructuosas. Pero para hacer nuestra piedad más precisa, más consciente, es bueno agrupar estos aspectos fragmentados alrededor de algunos temas principales.

El viernes santo nos confronta con Jesucristo crucificado para nuestra salvación. En nuestro encuentro con la cruz de Jesús, el viernes santo, podemos distinguir varios momentos o elementos esenciales.

Está primero el misterio objetivo de la Redención. La cruz es el instrumento de nuestra salvación, el instrumento del sacrificio de Cristo ¿En qué sentido hablamos de un sacrificio de Cristo? Decimos que Jesucristo ha muerto por nosotros. Pero, ¿tenemos una idea suficientemente clara de lo que significan estas palabras: "muerto por nosotros"? Repetimos esta fórmula; pero, ¿tiene un contenido vivo, corresponde a una realidad que experimentamos profundamente? Es de temer que, no solo para muchos cristianos "ortodoxos", sino incluso para muchos teólogos "ortodoxos" el sentido de la Pasión permanece demasiado vago. El pensamiento de la Pasión no les es habitual y puede incluso que vean en esta actitud, muy equivocadamente, una característica de la "ortodoxia" (en ese caso, ¡San Pablo no era ortodoxo!). Sin entrar en sutilidades dogmáticas, tenemos que ver claramente esto: Jesucristo ha querido por medio de su muerte voluntaria, "satisfacer" de una forma sobreabundante por todos los pecados y reemplazar nuestra vida irremediadamente corrompida con una vida nueva -la suya-. Ha sido realmente y eminentemente lo que el cordero pascual era en figura. Esta "satisfacción" de Jesús por mis propios pecados es el acontecimiento más importante de mi vida.

Asimilamos el misterio de la Redención por la contrición o arrepentimiento²³. Jesús clavado en la cruz representa el aspecto objetivo del misterio. Pedro llorando amargamente después de

²³ La contrición consiste esencialmente en el dolor de alma resultante, en el pecador, de la conciencia de haber ofendido a Dios. Para que este dolor sea real no es necesario que revista un aspecto emocional. Si Dios nos concede las lágrimas de arrepentimiento, hay que agradecerse. Pero puede existir la contrición sin este elemento afectivo y emocional. El arrepentimiento verdadero y profundo es independiente de las fluctuaciones emocionales. Es un acto de reflexión madura, de una elevada lucidez intelectual, de humildad y de obediencia. Implica en primer lugar un juicio de la inteligencia por la que el pecador, por tal o tal acción, ha ofendido a Dios. Es necesario a continuación un acto de voluntad por el que el pecador, tanto como le sea posible, excluye el pecado. Este acto de voluntad está vuelto simultáneamente hacia el pasado, el presente y el futuro: en lo que respecta al pasado, el pecador, condena su acción y se condena a sí mismo, apela a la misericordia y al perdón divinos y decide reparar el mal cometido en la medida de lo posible; en lo que respecta al presente, une su voluntad a la

haber renegado de su Maestro y después que la mirada de Jesús se posara sobre él, el ladrón que implora a Jesús crucificado representa el aspecto subjetivo. El viernes santo no dará frutos para nosotros si un violento movimiento de contrición no nos arroja a los pies de Jesús ¿Este viernes santo es para mí un día de dolor santo?

Se ha declarado el perdón desde lo alto de la cruz. Jesús dice al ladrón: " Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso"²⁴. No basta con que en este viernes santo abrace la cruz y el misterio de mi salvación por medio de mi fe, de mi contrición. Es necesario que me esfuerce en recoger, de los mismos labios del Salvador, una palabra de perdón. Pudiera ser que oiga una palabra del todo individual, pronunciada por Jesús en el secreto de mi alma. Pero tal palabra de perdón pronunciada por la Iglesia o por la Escritura tiene el mismo valor que esta declaración íntima, si sé acogerla como la palabra del Salvador mismo.²⁵ ¿He buscado, en este viernes santo, la palabra de perdón?

En fin, hay que poner la cruz de Jesús en el centro de mi vida. La cruz de Jesús: no solo un instrumento de sufrimiento, sino un instrumento de victoria. Hacer del sacrificio de Jesús el centro de la vida -del pensamiento, de la voluntad, de los sentimientos,- mirar los hombre y las cosas desde el punto de vista de la cruz, persuadirse que nada es más importante en el mundo que el sacrificio de Cristo, presente y ofrecido eternamente, es la "segunda conversión" de la que ya hemos hablado, la visión nueva y deslumbrante que reduce a poca cosa lo que nos fascinaba antiguamente. Esta visión exige un cambio radical de nuestra vida entera. Jesús sacrificado se convierte en filtro a través de cual haremos pasar todo a partir de ahora. El día en

voluntad de Dios, declara adherirse y someterse a Él; en lo que respecta al futuro, concibe la firme resolución de no pecar más e incluso evitar las ocasiones peligrosas. Un arrepentimiento por las faltas cometidas proveniente de sentimientos puramente humanos (por ejemplo el temor al deshonor o a penas judiciales) no tendría ninguna utilidad para la salvación. El arrepentimiento fundado en el temor al juicio divino o en la esperanza de la beatitud eterna pertenece ya a la contrición salvífica, pero a una contrición imperfecta. La contrición es perfecta cuando se une a la caridad o amor hacia Dios y cuando se odia al pecado por su oposición a la infinita bondad divina. La contrición salvífica es sobrenatural; no es obra nuestra, aunque necesita nuestra cooperación; se forma bajo la inspiración de la gracia. Supone y llama a los méritos redentores de Cristo. La contemplación de la cruz, sobretodo el viernes santo, debe ser más que un enternecimiento agradecido ante el sufrimiento que nos salva (aunque deberíamos buscar alcanzar esta adoración compasiva y agradecida de Jesús crucificado): ante la cruz, debemos dejar que la contrición penetre profundamente todo nuestro ser y que se convierta en nosotros en universal y soberana. Es esto lo que hemos querido decir al hablar del "violento movimiento de contrición" que nos "arroja a los pies de Jesús". No se trata de una exaltación superficial de nuestra sensibilidad.

²⁴ **Hoy:** Jesús no impone ningún plazo al ladrón arrepentido. **Conmigo:** hay dos palabras griegas que traducen "con"; una es estas palabras expresa una relación de vecindad, de proximidad, de yuxtaposición como cuando se pone un objeto "con" otro: la otra palabra expresa una relación de participación, de existencia común y compartida, como cuando un amigo desea vivir "con" su amigo; es esta segunda palabra la que el evangelio emplea aquí. Jesús no nos invita solo a estar cerca de Él; quiere entrar íntimamente en nuestra existencia. La palabra de Jesús al ladrón se aplica también a nosotros mismos, y esto desde nuestra vida terrestre. Puedo, hoy, en esta hora, en este minuto, estar con Jesús en el paraíso, es decir obtener un anticipo de la vida transfigurada en Cristo (lo que es cielo en la tierra) si, en el instante presente, uno mi voluntad tan perfectamente cómo es posible a la de Nuestro Señor.

²⁵ Todas las confesiones sacramentales tendrían que ser un encuentro personal y directo del pecador con la cruz y con la sangre del Redentor. En el rito eclesiástico de la Penitencia, la Iglesia no usurpa el lugar único de Jesucristo, sino que sitúa al alma en presencia de su Salvador. La preocupación principal del confesor debe ser este contacto real del penitente con el Señor Jesús. El penitente, en el momento en que el sacerdote le recubre la cabeza con su estola, tendría que sentir interiormente la sangre y la gracia de Cristo fluir sobre él

que un hombre comprende la "centralidad" de la cruz - tanto de la cruz radiante como de la cruz sangrante- es la gran fecha de su vida. Que este viernes santo sea para mí un día de nacimiento. ¡O Cruz, ave!



LA TUMBA DEL SEÑOR (SÁBADO SANTO)

En el sábado santo, la Iglesia centra nuestra atención en la tumba de Nuestro Señor.

Ningún día del año litúrgico presenta un carácter tan complejo como el sábado santo. Porque este día participa a la vez de la tristeza de la Pasión y de la alegría de la

Resurrección. La celebración de la fiesta de Pascua, cada vez más avanzada, ha acabado por anexar la mayor parte de la jornada del sábado santo. Se podría distinguir en el sábado santo dos partes consecutivas, una pertenece aún al tiempo de la Pasión y la otra pertenece ya al tiempo de Pascua. En este capítulo consideraremos sólo la parte del sábado santo que finaliza del tiempo de la Pasión. La otra parte del sábado santo, en la que se adelanta la celebración de la Resurrección, encontrará de forma natural su lugar en el capítulo siguiente.

Como lo hemos indicado ya, el sábado santo "penetra" ya en el rito del entierro de Cristo, celebrado el viernes por la tarde. Pero comienza abiertamente con los maitines del sábado santo, cantados o bien la tarde del viernes, o bien de madrugada, el sábado. Después de los salmos de maitines y algunas otras oraciones, se canta un "canon" de nueve odas. Una vez acabada la novena oda, una procesión va hacia la mitad de la iglesia cerca de la tumba recubierta del **epitafion**. Se cantan entonces los "eulogios", serie de estrofas divididas en tres partes, separadas por letanías. Algunas de ellas:

"Tú que has fijado las medidas de la tierra, Jesús, rey del universo, moras hoy en una estrecha sepultura... Jesús, mi Cristo, rey de todas las criaturas, qué buscas viniendo a los infiernos?²⁶ ¿Quieres liberar a la raza de los mortales? El Señor de toda la creación yace ante nuestros ojos; está muerto, depositado en un sepulcro nuevo, El que vacía las tumbas... Aquel que es hermoso entre todos los mortales aparece como un muerto, Él que embellece la naturaleza del universo... Toda la creación, oh Verbo, se conmueve con tu Pasión, pues todas las criaturas sufren por Ti... Como el grano de trigo enterrado en el seno de la tierra, has producido una espiga fuerte al resucitar de entre los mortales... Has tenido el costado abierto, Tú, que tomaste una costilla de

²⁶ Alusión al dogma del "descenso a los infiernos", cuya fórmula, a partir del siglo IV, ha encontrado su lugar en varios documentos eclesiásticos y en la tradición de los Padres. Este dogma se fundamenta principalmente en la afirmación de San Pedro: "...En el espíritu fue también a predicar a los espíritus encarcelados" (1 Pedro 3, 19). Estos "espíritus encarcelados" no eran demonios o almas condenadas. Se trata de los justos de la Antigua Alianza; Jesús, inmediatamente después de su muerte, los ha llenado con la luz de gloria y los ha puesto en posesión de la visión divina. Nos es permitida una esperanza más grande aún. Podemos tener confianza en que el mismo beneficio se ha ampliado (y es ampliado) a todas las almas que, sin tener un conocimiento explícito de la revelación divina, han actuado según la medida de luz que Dios les ha concedido y han sido así miembros invisibles de la Iglesia. Confesar el descenso a los infiernos, es confesar que la salvación se ofrece a los que, en vida, no han conocido los Evangelios, pero han vivido según del espíritu del Evangelio.

Adán para formar a Eva... Extendido sobre la cruz,²⁷ oh Jesús, reúnes a todos los mortales, de la herida de tu costado, desde donde se derrama la vida, has hecho brotar el perdón para todos. Adoro tu Pasión, canto a tu tumba, oh alegría mía, ¿cómo podría soportar los tres días en la tumba? Mis entrañas sufren como las de una madre...²⁸ La tierra tiembla viéndote reposar en su seno... Apresurémonos con las mirróforas a perfumar como a un muerto, a Aquel que está vivo.

Los fieles presentes son rociados con agua de rosas. A los "eulogios" les siguen diversos cantos. Después de la "gran doxología" (mezcla del **Gloria in excelsis** y de **Te Deum**) otra procesión lleva el **epitafion** y el libro de los evangelios al santuario. El **epitafion** se sitúa en el altar, donde permanecerá toda la semana de Pascua. Se lee una profecía de Ezequiel (37, 1-14): la visión de las osamentas secas que el Espíritu viene a revestir de carne y a animar; estos huesos que reviven designan a la vez al pueblo de Israel, a Cristo resucitado (aunque su cuerpo no haya conocido la corrupción) y el pecador perdonado. Se leen después dos pasajes de San Pablo (1 Corintios 5, 6-18 y Gálatas 3, 13-14) fundidos en un solo fragmento; el texto principal es: "Cristo, Pascua nuestra, ha sido inmolado. Celebremos pues la fiesta, no con la levadura vieja, ni con una levadura de malicia y perversidad, sino con ázimos de pureza y de verdad"²⁹. A esta epístola le sigue el último de los doce evangelios leídos el jueves santo (Mateo 27, 62-66); los sacerdotes obtienen de Pilatos que la tumba de Jesús sea sellada y vigilada. Los maitines se acaban con una letanía y las oraciones de conclusión habituales.

Acaba aquí la parte del sábado santo que se relaciona con la Pasión de Cristo. El resto de este día pertenece al tiempo de Pascua.

Antes de cerrar este capítulo consagrado al tiempo de la Pasión, detengámonos algunos instantes ante la tumba de Nuestro Señor. Dos pasajes de la Santa Escritura nos ayudarán a recibir el mensaje del sábado santo. Primero un texto del evangelio de San Lucas: "Las mujeres que habían venido con él desde Galilea, fueron detrás y vieron el sepulcro y cómo era colocado su cuerpo, y regresando, prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron según el precepto...". En la vida de todo discípulo de Jesús, hay periodos en los que el Maestro parece retirarse y permanecer ausente. Está de alguna manera en la tumba. Estas mujeres de Galilea indican cuál debe ser nuestra actitud en tales momentos. Observan el sepulcro; saben dónde está Jesús. Y también nosotros, incluso si Jesús parece no responder, incluso si se ha convertido en invisible, no debemos dudar que está ahí; nuestra mirada debe permanecer fija, si no sobre Él, al menos en su dirección. Las mujeres no se quedan ociosas. No dicen: "ahora no hay nada que hacer". Han preparado perfumes para ungir el cuerpo de Jesús. Continúan honrándolo, incluso cuando la vida se ha retirado de su cuerpo humano. Igualmente, en los periodos en los que Jesús se oculta y calla, no cesemos de hacer de Él el centro de nuestra adoración. Preparemos perfumes -los perfumes de nuestros afectos y de nuestras obras- para ofrecerlos desde ahora al Amigo que no vemos, y también para ofrecerlos cuando nos hará sentir de nuevo su presencia, pues sabemos que volverá a nosotros. Pero, en los preparativos de las mujeres, no hay ninguna agitación; guardan el sabbat, reposan. El tiempo que Jesús está en la tumba es el

²⁷ El árbol juega un papel importante en el simbolismo de la salvación: árbol de vida, árbol del conocimiento del bien y del mal, árbol de Jesé, árbol de la cruz.

²⁸ Tales palabras demuestran cuan inexacto y superficial es pretender que una ternura apasionada hacia el Dios-Hombre, tan frecuente en la literatura religiosa occidental, continúa siendo ajena al Oriente bizantino. De hecho, la liturgia romana es singularmente más sobria a este respecto que las oraciones orientales.

²⁹ La Pascua judía era la fiesta de los panes ázimos, símbolo de renovación y de pureza. Dos días antes de la pascua todo trozo de pan de levadura, ni que fuese una miga, era tirado fuera de las casas judías.

tiempo de la vida secreta, escondida y contemplativa cerca de Él, el tiempo de la espera y el silencio. El sábado es la fiesta de los místicos que el mundo ignora y que no quieren ser conocidos más que por Jesús. La paz del sábado está totalmente orientada hacia el gran suceso del domingo por la mañana, hacia el poder y la alegría de la Resurrección. Pero esta paz "que espera" tiene que ser salvaguardada por nosotros: ¡oh, esos avasalladores preparativos exteriores de Pascua, que impiden a tantos ortodoxos esperar esta fiesta en el retiro y el silencio! Releamos también en este día las palabras de Pablo a los romanos: "pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte... Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús³⁰". Si fuera capaz de convencerme suficientemente que he muerto con Jesús, sepultado con Jesús, ¡mi vida espiritual se volvería tanto más fácil y más simple! A todas las tentaciones, a todo lo que distrae de lo único necesario, respondería únicamente: "¿Para qué? Estoy muerto. Estoy en la tumba de mi Maestro". En lugar de discutir y combatir con la vida, me situaría de golpe en el otro lado, fuera de la vida (se trata, por supuesto, de deseos de la vida terrestre), pero muerto al mundo y al pecado, estaría entonces más que nunca, vivo "en Dios". Hay aquí, si se puede decir, una táctica espiritual singularmente eficaz, accesible a los hombres de todas las condiciones. Hoy hemos cantado: "Alabo tu entierro". Podríamos añadir ahora: "Concédeme ser enterrado contigo".

³⁰ Romanos 6, 4, 11.